

CAPITULO XI.

*Salida de Roma.—Florencia.—Sus templos.
—El Palacio Pitti.—Galería de los Oficios.—Plazas.—Pobreza de Italia.*

*
* *

Nuestros negocios particulares nos llamaban al interior de Italia, y por esto dejando la ciudad eterna, de la que conocimos muy poco, partimos para Florencia, Verona y Venecia, habiendo emprendido nuestro viaje el 9 de Octubre.

La primera de las ciudades que acabo de nombrar, es hermosa; pero la fama y aún su mismo nombre, le ha dado más belleza que aquella que realmente tiene. Sus calles, como todas las de las antiguas ciudades de Italia, no son rectas ni espaciosas, excepto muy pocas; la altura de los edificios desigual, y tal desigualdad muy notable en cada cuadra; el paseo á orillas del Arno que divide la ciudad, no llama la atención, y sus templos menos todavía.

*
* *

La Catedral contiene una maravilla: su elevada y

anchurosa cúpula; pero no veréis en las paredes del templo, ningunos adornos, ni tal aseo que llame la atención. Hay unas vidrieras fantásticas, de vidrios de color, que reciben la luz de las ventanas de en frente y la reflejan muy bien, y al observador le parece que les viene de otra parte. Esto, nos decía un celeberrimo ciceroni, que nos acompañaba, es una maravilla; y el pobre no sabia lo que decía.

Contiene la Catedral, el sepulcro de Maquiavelo y un retrato del Dante. Era Domingo y hora de misa cuando la visitamos, y apenas habia gente.

El templo de los carmelitas es alegre, tiene una capilla antigua con buenos frescos, y otra nueva, llamada Capilla Corcini, adornada con preciosos mármoles. Los frescos de la antigua, sirvieron de modelo á Miguel Ángel, Rafael y otros varios.

El templo de Todos santos, es de una sola nave; su artesonado es bueno; sus altares y capillas numerosas: en una de estas está enterrado Américo Vespusio. No llama la atención por lo demás.

El Bautisterio es una capilla redonda, donde son bautizados los hijos de Florencia. La parte más bella del Bautisterio, son sus tres puertas de bronce: la del Sur, es del Pesano; las otras dos, de Lorenzo Ghiberti. Sus grabados representan pasajes del Antiguo Testamento. Miguel Ángel dijo que eran dignas de ser las puertas del paraíso. Las de Lorenzo se trabajaron durante 20 años.

En el interior de la Capilla está la tumba del Anti-

Papa Juan XXIII. Dícese que la Santa Sede dispuso que los florentinos borrarán la inscripción en que al anti-papa, se le llama Pontífice; pero le contestaron con lo de Pilato: Quod scripsi, scripsi.

*
* * *

Entre los monumentos religiosos de Florencia, se cuenta la Sinagoga de los judíos, que aún en su interior, y á primera vista, parece un templo católico; y por cierto que más nos agradó, que muchas iglesias de Florencia. La nave de en medio es majestuosa y elevada; las de los costados tienen decentes galerías para las mujeres: en el lugar principal se eleva un altar, en la misma forma de los nuestros: detras del altar, en el ábside, está el coro, y cuando entré á la Sinagoga, estaba lleno de judíos que rezaban como los canónigos de nuestras catedrales; y tanto ellos como el sacerdote que oficiaba, cantaban en hebreo. El traje que usaban durante la ceremonia, era, sobre la ropa común, una especie de tápalo que los cubria por detras, y les bajaba desde la cabeza; todos llevaban una especie de bonete ó gorro sin picos.

La sinagoga está decorado con preciosos mosaicos, y el oro está en ella derramado con lujo y profusion.

—Los demas asistentes estaban sentados en las bancas, con sombrero puesto, lo mismo que nosotros y que todos los que entran y salen. ¡Pobres judíos! El Señor les mande un rayo de su luz, les quite el velo que llevan sobre el corazon y los convierta.

*
* * *

Entre los palacios que se pueden visitar, en Florencia, preferí el Palacio Pitti. Es muy grande y está bien adornado: contiene multitud de salas que se llaman ya de Saturno, ya de Venus ú otras divinidades del paganismo: están llenas de pinturas y esculturas de primer orden. Entre otras vimos la muerte de Abel, la estatua de Cain, la Venus de Canova, no tan indecente como las de otros escultores; las parcas de Miguel Ángel, la Santísima Virgen con el Niño Dios, de Murillo, y la virtud triunfando del vicio, de Miguel Ángel; pero aquí el gran escultor, contra su propósito, hizo que el vicio triunfara de la virtud, que está representada en una mujer desenvuelta, oprimiendo (más bien acariciando) á una serpiente; pero ¿qué sabía de modestia y decencia Miguel Ángel? como dice Alarcon.

Vimos en este palacio, horecas muy antiguas, fusiles de cuatro metros de largo: y toda clase de armas de o-

tros tiempos.

Tambien visité la Galería de los oficios, que asimismo está llena de las mejores obras de escultura y pintura; pero hay tanto de esto en toda Italia, que despues de haber recorrido algunos museos, ya no se llama la atencion por nada. La Galería de que hablamos está compuesta de salas, corredores y gabinetes, donde hallais frescos y esculturas de casi todos los pintores y escultores. Entre esas salas, es notable la que contiene los retratos de los principales pintores, nacionales y extranjeros.

Las salas están divididas por escuelas, como la toscana, la holandesa, la flamenca, la tudesca etc.

En la sala de la Tribuna, veréis la Venus, llamada de Médicis, una estatua de Apolo, y de otros dioses de la gentilidad; y luégo las imágenes de San Pedro, San Jerónimo, la muerte de los Inocentes etc. Todo lo confunden estos italianos; para ellos, lo mismo es el olimpo que el cielo; y las imágenes de Cristo y las de Júpiter.

En los recuerdos de un viaje, de Ignacio Martinez, se dice, hablando de la Venus de Médicis, que "se puede hacer el viaje desde América á Italia, se pueden tolerar las molestias y mareo de la travesía, por sólo contemplar unos instantes esta Venus de Médicis." Demasiada exageracion hay en esto y un gusto muy raro; así como hay absoluta inexactitud y sobrada torpeza, en lo que dice sin gracia ninguna, acerca de la Cena de Vinci, en Milan.—Con la lectura

de algun escritor entendido, Martinez hubiera ahorrado todo eso, sin descubrirse tan pobre libre-pensador, y no hubiera revelado tan profunda ignorancia de la historia y del arte. Alarcon, que puede ser voto en la materia, se expresaba de muy distinto modo: hé aquí sus palabras: "El momento de la *Cena* elegido por Vinci, es aquel en que el Redentor dice con melancólica ternura: *Amen dico vobis, quia unus vestrum me traditurus est.* (En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar).—Estas palabras han producido en los discípulos un movimiento de asombro, de indignacion, de curiosidad, de miedo.....—La fisonomía de *Jesus* (ya sabeis que me refiero á la original de Vinci que he visto en *Brera*) expresa dolor y mansedumbre. Sus manos extendidas revelan la paz y la resignacion con que espera los mayores tormentos.—*Simon*, colocado el último, á la izquierda de *Jesus*, duda que halla entre ellos quien cometa semejante felonía, y está tranquilo como su conciencia. *Tadeo*, con aire sombrío, vuelve el rostro para no ver á *Judas*, cual si le asaltase una sospecha. *Mateo* repite enérgicamente las palabras del Salvador, como diciendo: "No debeis dudar lo, puesto que *Jesus* lo afirma. Entre nosotros hay un traidor."—Estos tres personajes forman un grupo, ó sea una escena del drama.—Luego viene otro episodio de mayor vida y más poderosos afectos.—*Felipe*, suavísima figura, se ha puesto de pié y se dirige á Cristo con las lágrimas en los ojos, diciéndole: "Yo no soy, yo te amo." *Santiago el Mayor*, mudo de espanto, abre los

brazos con energía, como si exclamara: "Lee, Señor, en mi corazón, y verás que ni podía sospechar que eso sucediera." *Tomás* se acerca al Divino Maestro, por detrás de *Santiago*, y, levantando el dedo enérgicamente, jura vengarle si tal sucede.—Este segundo grupo no puede ser más vehemente, más persuasivo, más inspirado.—Sigue el *Hijo de María*, bello sobre toda ponderación, grande en su humildad, imponente en su tristeza.—Á su derecha está *Juan*, el dulce y amado apóstol, con la cabeza caída y las manos cruzadas, lleno de aflicción y de pesadumbre. *Pedro* estudia las fisonomías, pregunta á *Juan*, y amenaza á todos, lleno de ira. *Judas*, sentado, afectando tranquilidad, revela en su semblante, colocado por el artista en una media luz, la turbación del criminal que se ve descubierto. *Andrés*, maravillado, parece decir: "Señor, no me dejes caer en semejante tentación." *Santiago el Justo* mira á *Pedro*, acechando una ocasión de hablarle, cual si esperase saber por él de quién se trata. *Bartolomé*, en fin, está de pie é inclinado sobre la mesa, creyendo haber oído mal y como pidiendo á Cristo que repita sus palabras.

Tal es la acción del cuadro, vária en sus accidentes, y llena de interés y vida por su unidad. El semblante de cada Apóstol es un trasunto fiel del carácter con que aparece en los Evangelios y en los hechos posteriores de su vida. Conservando todos el tipo judío, son, sin embargo, tan diferentes entre sí como lo fueron

en sus relaciones con Jesús y en sus predicaciones y escritos. Otros cuadros referentes á este asunto adolecen de monotonía y amaneramiento, á causa de estar todas las figuras sentadas en fila; pero en la pintura de Vinci, aunque los doce Discípulos se hallan también necesariamente en un mismo término, hay tal movimiento en las actitudes, tanto arte en la composición, tanta naturalidad y tanto fuego en cada personaje, que su obligada disposición delante de la mesa parece accidental ó escogida por el artista.

*
*
*

Dejemos los museos y veamos las plazas. La de la Señoría tiene una estatua de David, por Miguel Ángel, muy agraciada y hermosa: y otra de Hércules montando á Cácor. A la puerta del palacio Ducal, otra del Dios Término; al Norte de ese Palacio, la fuente de Neptuno, cuya estatua tiene seis metros de altura. Estas son las principales.

En la plaza de la Cruz que tiene dos fuentes, vimos la estatua del Dante, en la de la Anunciata, la equestre de Fernando 1.º En la de San Lorenzo, la del padre de Cosme 1.º En la de San Marcos, la del general Santi, erigida en 1872. Cuatro pequeñas es-

tatuas simbolizan la Política, la Estrategia, la Táctica y la Fortificación.

En la plaza de Santa **M**aría la nueva, se levantó en 1882, un obelisco, á la memoria de los que murieron por la Patria, desde 1821 á 1870. En fin, en la plaza de la Trinidad, se ve la estatua de la justicia, regalada por Pío IV á Cosme 1^o.

Por lo demas, no vi en Florencia, ni el movimiento, ni el lujo y la elegancia, que tenia en otro tiempo; parece que está medio muerta, como las más ciudades de Italia. Pregunté á varios italianos por qué se notaba tanta falta de vida en la jóven Italia, y me dijeron que apesar de todo, los austriacos les habian hecho falta; pues estos mantenian el movimiento mercantil; bajo su dominacion, no estaba la Italia en la miseria en que se halla al presente. Cargados de gabelas, apenas pueden vivir estas gentes: dicen que pagan aun el aire que respiran, y dijeronme tambien, que lo mismo se notaba en los dominios del Papa, desde el tiempo que en ellos reinaba la casa de Saboya. ¡Pobres italianos! que emigren á otro país donde no tengan que sufrir una miseria tan grande. Aquí los jornaleros nunca comen carne, sino por Noche buena: su alimento consiste en peces, polenta y legumbres. Por este motivo, el de la miseria, á penas se presenta en Italia un extranjero, y ya los vendedores de vistas lo rodean, y lo siguen, y lo molestan sin dejarlo descansar; y al entrar en los templos, los cicerones se le acercan para darle minuciosa razon de todo; y se van indignados y hablando á

solas, si no los ocupan; pero alargad la mano y soltadles un sueldo, un medio franco y será lo contrario. Aquí un franco se estima en más que entre nosotros un peso. Sólo en Milan no hemos notado miseria, habiendo más movimiento que en las otras ciudades que hemos visto; y la gente parece más festiva y alegre, acaso porque no tiene tan vacio el estómago.

Dejemos á Florencia, bien á nuestro pesar porque mucho nos queda por ver en esta famosa ciudad; y partamos para Verona.

CAPITULO XII.

Verona.—Calles.—Iglesias.—Edificios públicos.

—Cementerio.—Un dia de Córpus.—Salida para Venecia.—Milagros de San Antonio.

* * *

Serian las 4 de la tarde cuando llegué á Verona, la cual desde luégo me pareció una poblacion de poca importancia; tomé un cuarto en el Hotel San Lorenzo á orillas del Adige, que divide la ciudad en dos mitades. El Adige es un rio caudaloso y su corriente muy precipitada.

Esa misma tarde comencé á recorrer la poblacion y ví que todo en ella indicaba muy poca vida: sus palacios muy viejos; los ciudadanos pobres; y nadie creerá que